

LA MIRADA

UNA GUARDIA



Soldados de reemplazo vigilan el AVE.

Las balas de Gila

JAVIER VILLAN

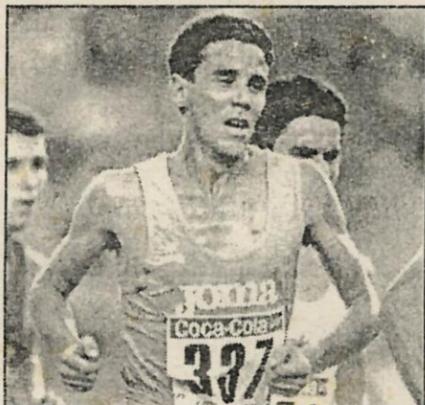
EXISTE el miedo, plenamente justificado, de que el largo brazo de ETA pueda alcanzar al Tren de Alta Velocidad. Este año de fastos y celebraciones parece estimular especialmente a los cabecillas etarras en su estrategia del terror como arma de negociación. Y si los objetivos están relacionados con la Expo, V Centenario y Juegos Olímpicos, aportan un plus de excelencia terrorista, una sobredosis.

De ahí que la custodia de las vías del TAV Madrid-Sevilla se haya convertido en una operación de alta seguridad encomendada a seis mil soldados. Cualquiera podría suponer que esta responsabilidad atribuida al Ejército es el primer paso, solapado, para militarizar un conflicto al que, si ha de aplicarse alguna nueva solución, además de la policial que se le viene aplicando, ha de ser una solución política. ¿Qué ocurriría si, por desgracia, se produjese un atentado en las vías del TAV vigiladas por soldados? ¿Sería un execrable atentado personalizado en un representante militar o sería un ataque frontal al Ejército?

Pero, según las noticias que van llegando, no hay pie para temer el peligro de militarización, pues los milites destinados a tal menester llevan balas de fuego. No todas, sólo las dos primeras del cargador de su arma. Así, cualquier acción adquiere la dimensión franciscana e inocua de aquella guerra del genial Gila, en la que los soldados tiraban con supositorios. Y, claro, en lugar de matar, curaban.

No es cosa de broma ni esto, por supuesto, es una guerra. Y, bien mirado, no estaría mal la disposición del Ministerio de Defensa si se tuviera la certeza de la reciprocidad. Aunque, en teoría, no hay razón para que ocurra algo luctuoso, las dos balas de fuego es como concederle al enemigo dos tiros de ventaja. Defensa homologa la custodia de las vías del TAV con una guardia cuartelera y no nos parece mal la cortesía ni que la impericia de los soldados a la fuerza, aconseje estas precauciones para prevenir accidentes. Como las guardias carceleras carecen de riesgo, y de sentido, sobra la munición. Pero, entonces, sobra también la magnitud del despliegue militar.

UN SUPERVIVIENTE



José Luis González, bronce en el Europeo.

González, mitad Sancho mitad Quijote

CARLOS TORO

AUNQUE el futuro ya no le pertenece, el pasado le rinde pleitesía. Y el presente, homenaje en forma de dulce y duro bronce. De bronce nobiliario y guerrero. Bronce de repostaría y de forja.

José Luis González probablemente ganó hace una semana, en Génova, en el Campeonato de Europa de Atletismo en pista cubierta, la última medalla internacional de su vida frente a adversarios diez años —diez siglos— más jóvenes que él.

A los 34 años, su marca (7:48.82) en los 3.000 metros rozó la mejor de su vida (7:47.38), su récord nacional hasta esta temporada, en la que se lo arrebató Fermín Cacho en una carrera única, en Sevilla, en la que Moses Kiptanui, la mejor liebre posible, superó un primado universal que acababa de cumplir diecinueve años.

Es sencillamente milagroso que un González crepuscular, herido y remendado rinda aún a semejante nivel. A su cuerpo de vidrio lo sostiene una voluntad de hierro. Su clase es hoy una reminiscencia luminosa, apuntalada por una sombría determinación.

En González saludamos al guerrillero, al visionario y al superviviente universal. Superviviente de una generación, superviviente de un concepto del mediofondo y superviviente de sí mismo.

González sigue en el atletismo por dinero, pero mucho más por amor, hechicera aleación de interés y altruismo. Un González práctico convive en armonía con un González idealista. Como si Sancho y Don Quijote formaran una sola persona.

Entre el José Luis que monta el rucio y el José Luis que cabalga a Rocinante no parecen existir contrastes insalvables. Ambos se complementan sin reparos ni incomodidades ni disimulos. El toledano es, a la vez, señor y escudero. Pero, como en el libro de Cervantes, la locura divina es en él más fuerte que el terrenal pragmatismo.

El caballero que camina por las nubes se impone al aldeano que vive y discurre con los pies en la tierra. Al final, Sancho queda contagiado del desvarío de su amo. Y por ahí siguen José Luis Panza y José Luis Quijano embistiendo a los molinos de viento.

UNA GUERRA



Dos hombres, ante el cadáver de un azerí.

Fin de siglo

JOSE ANTONIO JAUREGUI

ESTAMOS llegando a las orillas históricas del fin de siglo y de milenio. Vemos a dos seres humanos limpiando el cadáver sucio y mutilado de otro ser humano muerto a manos del peor enemigo del hombre: el hombre. Ha logrado el hombre en este siglo dotarse de alas poderosas para volar, superando a las águilas y a las palomas. Ha logrado dotarse de unas patas tan rápidas que no hay gacela, liebre o corzo que pueda ganarle a correr a campo traviesa cuando pisa el acelerador de un coche deportivo o viaja en un tren de alta velocidad. Ha logrado el hombre dotarse de alas y de aletas para nadar, bucear y surcar los océanos para pasmo de ballenas y delfines. Puede el hombre gozar y saborear la dulzura de haber ganado la carrera de correr más por tierra, mar y aire y sentirse el *number one*, el número uno, en la carrera del mito de la evolución (ya enunciado en el Génesis y fotocopiado después en las fotocopiadoras de Darwin, Teilhard de Chardin y de Richard Dawkins). El hombre ha logrado defenderse de todas las fieras peligrosas, excepto del hombre. El enemigo del hombre sigue siendo el hombre. Apenas se viste y reviste con los colores tribales u otros, se siente armenio y goza desollando a un azerí; se siente israelita y goza fumigando palestinos como ratas; se siente serbio y saborea el machacar a un croata como una cucaracha (otro tanto cabe decir de los azeríes, palestinos o croatas y de cualquier equipo tribal o geopolítico).

Son estampas antropológicas de final de siglo.

Se ve en esa foto macabra asimismo la estampa humana de la solidaridad, del afecto, de la ternura. No duele mirarnos en el espejo humano/inhumano del hombre torturado, humillado y machacado por el hombre. Nos consuela el ver al hombre convirtiendo tanta crueldad en comprensión, en poesía, en lírica, en solidaridad, en ágape. Gracias a los corruptos e impresentables políticos que hicieron beber la cicuta a Sócrates, tenemos a Sócrates pronunciando el *primum philosophari, deinde vivere*. Gracias a los anás y caifás y ponciopilatos tenemos a Cristo implorando el «perdónales, Padre, que no saben lo que se hacen».

UN CINEASTA



Néstor Almendros.

Muerte de un cámara

JAVIER MEMBA

SIEMPRE me ha llamado la atención la simbiosis existente entre algunos realizadores y sus directores de fotografía: Jean Vigo (el Rimbaud del cine) y Boris Kaufman (hermano pequeño de Dziga Vertov), Jean Luc Godard y Raoul Coutard, François Truffaut y Néstor Almendros. Todos ellos trabajaron separados en varias cintas, pero cuando se unían los resultados saltaban a la vista porque, lo que el cinéfilo aprecia, es que la iluminación esté implicada dramáticamente en las películas. El finado Néstor Almendros retrató para el gran Truffaut, entre otros, los dos últimos filmes de la «tetralogía de Antoine Doinel» (*Domicilio conyugal* y *El amor en fuga*) y la totalidad de la «trilogía de las velas» (*Las dos inglesas y el continente*, *La historia de Adele H.* y *La habitación verde*). También colaboró con el ex director de Cahiers du Cinema y el principal animador de la Nouvelle Vague, Erich Rohmer, y con otro de mis cineastas favoritos: Barbet Schroeder (*More, Maitresse*, etc.) en fin, puestos a hablar de las colaboraciones de Almendros, se podría citar a Rossellini, a la Marguerite Duras cineasta y la que le valió un Oscar. Pero lo más sorprendente de Néstor Almendros era esa humildad que no han dudado en destacar en las notas necrológicas sus ilustres amigos. Hablaba de una luz lógica, sin alardes, prefería los cubanos a los norteamericanos, aunque Cuba le condenara a dos exilios (Batista y Castro). Era magnánimo con los mediocres pedantes (eso me consta por un episodio que presencié y que no viene a cuento) y cuando cogió la pluma fue para hablar modestamente de su oficio, como si todavía fuese un estudiante del romano Centro Sperimentale di Cinematografia, donde cursó estudios entre 1956 y 1957. El resultado fue *Días de un cámara*, uno de los libros de cine más hermosos que se hayan escrito nunca. Cada uno de los capítulos de la segunda parte (*Vida profesional*) está dedicado a cada una de las películas que Almendros realizó desde *París visto por...* (1964) hasta *La decisión de Sophie* (1982). En sus páginas se mezclan los elogios a Chaplin con el cariño por las viejas cámaras de cuerda como la Paillard Bolex. En resumen: todo un compendio de cinematografía.